

LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Domingos, Martes y Viernes de cada semana. Precio de suscripción: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 7.

UN JÓVEN AMABLE.

Preciso es confesar que no hay en el mundo profesion mas pesada que la que se conoce entre las gentes de buen tono por el nombre de *jóven amable*. Mas vale ser fosforero, aun cuando se corra el riesgo de una explosion.

Desde que uno tiene la desgracia de ser presentado en alguna tertulia á la dueña de la casa como un caballero lleno de finura y amabilidad, no hay linage alguno de esas incomodidades tecnicamente llamadas *jobas* que no le sea impuesto, con el bien entendido que es preciso responder á cada nueva *joba* con una dulce sonrisa y una cortés inclinacion de cabeza que atestiguan el gran contentamiento que uno tiene en prestar obediencia á todos los deseos de la dueña de la casa.

Así es que desde que un *jóven amable* llega al salon de un baile, ó al baile de un salon, como se quiera; apenas ha tenido tiempo de saludar á tres personas, apenas acaba de aproximarse á una linda vírgen para rogarle que le conceda el honor de bailar con él la décima quinta *polka-mazourka*, cuando la dueña de la casa, suplica encarecidamente al *amable jóven* que tenga la bondad de sacar á bailar una señorita á quien los demás han olvidado, y que por una distraccion general no se ha movido en toda la noche de su silla.

Mis lectores sabrán seguramente por esperiencia que clase de señoritas son las que se quedan en un baile toda la noche pegaditas á su asiento. La naturaleza nos las ha dotado á buen seguro de los atractivos encantadores que exige imperiosamente la escuela de Terpsicore.

No obstante, el *jóven amable* tiene que obedecer sin vacilar un momento, á la insinuacion de la dueña de la casa, y baila con la consabida, su- dando la gota tan gorda, por que nada hay en este mundo que haga sudar tanto, como una taza muy caliente de flor de malva ó bailar con alguna jóven que no esté cortada por el modelo de una Venus cualquiera.

Apenas enjuga el *jóven amable* el copioso sudor que hizo brotar en su frente la primera *joba*,

se le acerca un grave diplomático (marido de la dueña de la casa) le toma el brazo con afectuosa franqueza y se lo lleva (no el brazo, sino el jóven entero) al otro extremo del salon. Allí hay una venerable *chueca*, digna esposa de un no menos venerable embajador extranjero, á quien el diplomático español tiene un particular interés en obsequiar. La voluminosa *chueca* pretendia ocultar su medio siglo de fecha, debajo de un tocado elegantísimo, con una especie de penacho traído de London, que le daba cierta semejanza con las higueras ataviadas de algun monigote para espantar á los gorriones.

—Aquí tiene usted—dijo el diplomático á su bondadoso compañero presentándole á la *chueca*—aquí tiene usted, *amable jóven*, á una señora respetable, que es muy aficionada á walsar y no conoce á nadie en esta reunion. Espero que usted, mi querido amigo, usted que es tan complaciente y *amable*, tendrá la bondad de bailar con esta señora. Se llama *lady Brocklingsinghamnrstgpsqgroom*. Es muger de mucho talento... Tendrá usted un buen rato.

Y sin dar tiempo á que el *jóven amable* respondiese algo, suena la música y *lady Brocklin...* etc. etc. se levanta para walsar con él.

Ya está nuestro hombre walsando con la corpulenta higuera: el ver walsar á una higuera es cosa que no deja de ofrecer alguna novedad, *lady Brock...* etc. etc. etc., y el *jóven amable* atraíanse las miradas de todos los concurrentes.

El sudor de la angustia brotó de nuevo, mas copioso que nunca, en la frente del *jóven amable*, que acordándose de que su pareja era muger de mucho talento, quiso entablar conversacion con ella: pero *lady Brocklingsinghamnrstgpsqgroom* solo tenia talento en inglés, y este idioma era desconocido á su víctima.

Libre en fin de aquel tormento, el *jóven amable* fué irónicamente felicitado por todos sus amigos acerca de la amorosa conquista que acababa de hacer; y aburrido, y no queriendo esponerse á correr otra vez el peligro de walsar con la británica sílfide del penacho, se vá al salon del juego. Allí encuentra la marquesa de Casa-brisca deses-

perada porque ha perdido su dinero al monte. Nuestro jóven es demasiado amable para que no se apresure á ofrecer á la exhausta señora todos sus recursos metálicos, y la señora demasiado fina para hacer un desaire á tan cumplido caballero. El repleto bolsillo del *jóven amable* pasa á las manos de la beldad, que vuela al punto á ver si alcanza mejor fortuna con ellos, dejando á su favorecedor con la palabra en la boca y desplumado como el gallo de Moron.

Todos estos azares que acaba de sufrir el *amable jóven* terminan por darle calentura y escitar en él una sed devoradora. Un lacayo le presenta una bandeja en la que solo quedan dos vasos de horchata. Ellos bastarian para saciar la sed del paciente, pero hay una mamá cerca de él que está horrorosamente sofocada. Seria faltar á la urbanidad no presentarle la bandeja, particularmente en un jóven que hace gala de su proverbial amabilidad. Quita pues la bandeja de las manos del lacayo y la ofrece á la respetable señora. Median algunos cumplidos entre el jóven y la vestusta beldad, y cuando al primero empezaban á temblarle los brazos con el peso de la bandeja sostenida á pulso, decidióse la mamá á beber uno de los vasos de horchata; pero con mucha calma para no atragantarse, alternando sus sorbos con mil impertinentes preguntas que empalagaban á su mártir. Por fin, apuró el vaso de orchata; y cuando el *jóven amable* retiraba ya la bandeja para solazar sus cuitas y apagar su sed con el otro vaso de orchata, exclamó la insaciable señora:

—Caballerito... creo que beberia aun ése otro vaso. ¿Qué le parece á usted?

—A mí, señora...—respondió el *amable jóven*—me parece que si está usted sudada, acaso no le será muy provechoso...

—¡Qué disparate! Yo soy como mi perrita de lanas; cuanto mas acalorada, mejor me sientan las bebidas. Déme usted, déme usted.

Y se bebió la orchata que el *amable jóven* aguardaba con la misma impaciencia que el pueblo de Israel el rocío de Dios llamado maná.

Aburrido al fin por las consecuencias de su amabilidad, resolvió el caballerito de las *jorobas* haberse divertido bastante, y se retiró á su casa, no sin encontrar en la antesala á la *higuera del wals*, á quien es preciso cubrir con el manton, y luego buscar al marido Mister *Brocklingfingham-nrstgpsqgroom*, y dar orden á los lacayos para que arrimen el coche.

Esto dá lugar á que salgan otras señoras, y hay que ponerla á esta el boá, la manteleta á la otra, el chal á la niña... y dar el brazo á alguna de esas obesidades femeninas que es preciso llevar á remolque hasta su casa.

Aliviado ya del gravísimo peso, se retira por fin el *amable jóven* á descansar de sus fatigas, y

tendido sobre el blando lecho duerme con toda la tranquilidad de una alma cándida y servicial.

UN DESENGAÑO.

Vi ayer en la *Rua Oscura*
A una hechicera muger,
Tal me agradó su hermosura,
Que era mi afán merecer
Su cariño, y su ternura.

Sus ojos con frenesí
Me miraron, y en sus llamas
Mi pecho inflamar sentí,
Y en la *calle de las Damas*
Mi dama entró, y la seguí.

Temiendo que sus rigores
Vinieran á dejar místicas
De mi tierno amor las flores,
Al llegar á las *Angustias*
Sufri angustias, y dolores.

Cansado de vacilar,
Y sin fórmulas ni amaños,
Y sin hacerme esperar,
En la *calle de los Baños*
El cuento empecé á contar.

Afanoso la decia,
Que ella era en el mundo solo
Mi dicha, muda seguia
De la *Antigua por el Bolo*,
Y como un *bolo* me oía.

Tal silencio me atontaba,
Pues creía que mi queja
Y mi amor la interesaba,
Mas callando continuaba,
Y entró en la *plazuela Vieja*.

Sin esquivar mi querella
Y con miradas muy mansas,
Me contemplaba la bella,
En la *calle de las Gansas*,
Y yo... cuál ganso, tras ella.

La seguia entusiasmado;
Su callar estrafalario
Mas escitaba mi agrado,
De la *plazuela el Rosario*
Pasó á la *calle del Vado*.

Yo sus cantos al pisar
Dije ¡ay calle! ¡ay calle impía!
¿Si en tí podré el vado hallar?
¿Si en tu vado á naufragar
Vendrá la esperanza mia?...

Mi bella al fin se paró,
Y con acento hechicero
De esta manera me habló;
Siento y mucho, caballero,
Premiar su amor con un nó.

Hay en el mundo otro ser
Que mi cariño atesora,
Dos no le pueden tener,
Abúr, y halle V. placer;
A los piés de V. señora.

Mi pasion tan verdadera
Sin premio al ver, ¡voto al diablo!

Corrido como una fiera,
Entré por la Corredera,
Sin parar hasta San Pablo.

En la calle de Leon,
Recordaba á la cruel,
Que desdeñó mi pasion,
Mas calma hallé en mi afliccion,
Plazuela de San Miguel.

Allí al santo con placer
Le rogaba, y formal hablo,
Me librára de tener,
Mas amores con el diablo,
Es decir con la muger.

Y que si otra vez volviera
A querer en este suelo,
Entonces la muger fuera,
Mi alegria verdadera,
Y el Serafin de mi cielo.

Cándido M.^a Costilla.

LOS NERVIOS.

Segun doctores de nombradía cuarenta pares de nervios tiene la muger sin contar *el gran simpático*, que no es un grano de anís. Sin ellos la amable mitad del género humano seria superior á los Angeles, pues aunque la etimología de la palabra indica fuerza.

Aunque nervio es el vigor
entre los griegos y servios,
es la ventura mayor
la muger propia sin nervios.

Parece indudable que el sistema nervioso es el gran resorte de la economía animal, así como la electricidad es el agente poderoso del gran laboratorio, y siendo no menos cierto que

Naturaleza en rigor
es un ente universal,
cuyo eje principal,
bien entendido es amor,

resulta que el amor y los nervios gobiernan el mundo. Es muy original la teoría que supone los nervios unas cuerdas elásticas, y las impresiones exteriores, que ellos comunican, unas vibraciones. Según este sistema viene á ser la muger una guitarra, y las muy nerviosas un tiple desafinado. ¡Felices los maridos que saben tocar este instrumento, porque acertarán á poner en orden ese manojo de nervios enredados, que se llama vulgarmente *muger histérica!*

El histérico es un Proteo, hijo del sistema nervioso, es un tesoro para el médico, esplicacion de mil enfermedades inesplicables, recurso de la muger enamorada, estratagema de casadas, anzuelo de viudas verdes, situacion dramática de niñas mimadas y medio poderoso para obtener temporadas de baños, licencias de baile, y vestidos de lujo.

El progreso es una causa eficiente de los efectos histéricos: toda jóven progresista es nerviosa. La lectura de novelas y dramas de Victor y comparsa

producen efectos histéricos de trascendencia. Nuestras labradoras no tienen nervios, en el campo no se conoce el histérico.

En tanto que éste, apenas incipiente, no pasa del primer grado, es una diversion para cualquiera jóven rica y bonita, y aun para el mismo que la ama, porque dá lugar á escenas interesantes, y sirve de arma conquistadora, de reconciliacion ó de venganza. Estos efectos se conocen por los nombres siguientes:

Desmayo— vapores— vahido— soponcio— patatús— y pataleta.

El desmayo es de los mas importantes, pues se usa en los casos graves, en los celos y en el amor contrariado. La desmayada conserva una posicion elegante en butaca ó sofá, cierra casi los ojos, dejando uno entreabierto para observar, como suele decirse, con el rabo del ojo, el efecto que produce su lyphotimia artificial en la persona á quien el desmayo se dirige.

Los vapores no son propios de la primera juventud. El vahido se usa entre recien casadas, y llena de alegría á los maridos ricos.

El soponcio es la parte ridícula del desmayo, el patatús el sainete del histérico, y la pataleta su zarzuela. Esta exige movimiento de piés, y enfado y coraje.

Si Augusto no es galante
con su esposa Serafina,
cae lánguida al instante
en el sofá con rabieta,
y le dá la pataleta.

Todos los médicos convienen, y esto es extraordinario, en el método curativo del histérico, pero yo creo que el primer remedio de los nervios femeninos es dejar que la histérica haga en todo su santa voluntad. El segundo remedio es la alegría constante de un amor pacífico. El grande, seguro, eficacísimo medicamento de todos los juguetes nerviosos femeninos solteros y viudos fué reconocido y recomendado por los hombres mas célebres en la ciencia médica. En este punto están de acuerdo *Riviere, Baillon, Morgagni, Hoffman, Sauvages, Vogel, Cullen, Pinel, Dumas y Tissot.*

Para histéricas la ciencia
tiene un gran medicamento,
á todas por esperiencia
les receta *el casamiento.*

EPIGRAMAS.

Contra un presumido que pondera á todas horas su finura y sus modales de gran tono.

¿No le parecen á usted
mis modales de gran tono?
—Coloque usted otra T
entre N y O, y los pregono.

CHASCO A UN GLOTON.

—Si me pagas tú los bollos
(dijo Juan al gloton Diego)
te convidaré yo luego
á una comida de pollos.

—Acepto.—Llenó el abdomen
de bollos Juan el taimado,
y dióle á Diego... salvado,
que es lo que los pollos comen.

AMOR Y LÁGRIMAS.

(Continuasion.)

Amor! Amor! tú eres vida, ilusion, sentimiento, poesía!... ¡Bendito seas tú, que transformas la tierra en paraíso para dos seres que se adoran!

Los dos jóvenes sonrieron con inefable ternura.

—Qué dichosa sería Laura!... balbuceó la joven ruborizada.

—¿Por qué? interrogó el mancebo.

—Porque tenia un poeta que la adoraba y que la cantaba enamorados versos...

—Quisieras tú ser Laura?

—Oh! sí, pero que tú fueras mi Petraca, murmuró la cándida virgen con fruicion. ¿Es verdad que tú me dedicarás preciosos versos y me llamarás tu sol, tu vida, tu embeleso? ¿Es verdad que mi imágen, como una vision celeste, te seguirá á todas partes, que oirás mi voz en el susurro de las auras, que me verás entre los rayos del sol como un ángel de amor ó cruzar por el fondo de la selva entre la dudosa luz del último crepúsculo, vaga, fantástica, aérea como una ninfa?... ¿Es verdad?

—Si, sí; mis versos serán tuyos, como es tuyo mi corazón: te llevaré siempre en mi pensamiento como una idea divina, como un sueño de amor, un recuerdo de esperanza: pobre poeta, te adoraré porque eres mi Musa, porque eres el faro que en el revuelto océano de la vida me señala la tranquila playa de la felicidad...

—Oh! tanto me amas...

—Como la flor al rocío, como la tórtola la soledad, como Dios al hombre...

—Qué feliz soy!

—Qué venturoso me haces!

Y los labios del poeta y de la virgen tornaron á unirse en beso infinito, ardiente, dulcísimo...

Y las aves seguian trinando, y las brisas susurraban levemente, y las transparentes ondas del río se deslizaban besando los piés de aquellos dos enamorados seres...

Amor! Amor! bendito seas porque derramas tan celestial fruicion en los corazones.

Han pasado algunos años.

El poeta, fiel á su amor, ha cantado á la virgen del Guadalete.

La virgen ha escuchado sus canticos con desden y le ha olvidado.

El poeta ha llorado, y sus ardientes lágrimas han abrasado la flor de sus ilusiones.

La virgen se ha burlado de sus dolores: se ha lanzado á esa Babilonia que se llama sociedad, á esa sociedad donde con el oro de la adulacion se compra el amor de las mugeres, donde la virtud y la pureza son una mercancía que se trueca por una posicion fastuosa, donde los mas nobles sentimientos se sacrifican en los inmundos altares de la vanidad... La virgen se ha desposado....

El poeta sigue cantando sobre el sepulcro de sus ilusiones, de su amor, de su felicidad.

Ha pasado un año mas.

El poeta se ha encontrado en su camino una muger joven, pero demacrada, próxima á morir de consuncion. Esta muger le ha mirado con afán, y sobre sus pálidas mejillas ha aparecido el carmin del rubor, tal vez del remordimiento.

Esta muger, en cuyo rostro se descubren los estragos de una enfermedad mortal lenta y apenadora, es la virgen del Guadalete, la infiel amante del poeta.

Este la mira con solícito afán, con esa indefinible tristeza con que se mira á un ser desgraciado á quien hemos amado, á quien amamos todavía.

—Adios! la dice. Cuando la fatalidad te arroje en mi camino, enjuga el llanto de tus escaldados ojos, porque tus lágrimas caen sobre mi alma como gotas de fuego...

—Oh! me es imposible!... El llanto es el consuelo de los desgraciados!

(Se concluirá.)

SECCION DE ANUNCIOS.

La persona que quiera comprar la casa, sita en esta capital, señalada con el número 6 de la calle llamada la Auriga; puede conferirse con el suscrito, que le enterará de su precio y condiciones, bajo los cuales se venderá dicha finca.

Gerona 3 Marzo 1861.—*Salvador Miralles.*

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.